

# Ser docente hoy


L.C.E. Juan Carlos Gómez Ríos<sup>1</sup>

Hace algunos días muchos de los presentes recibimos un correo con una afirmación y una pregunta para saber más. “A san Juan Bautista de La Salle le interesaba formar dos aspectos fundamentales en sus alumnos: que fueran buenas personas y que tuvieran una profesión que les permitiera elevar su calidad de vida”.

¿Sigue siendo ese nuestro interés?

A más de 300 años de iniciada la obra del fundador y a 61 años de haber sido nombrado Patrono Universal de todos los maestros, hoy, nosotros aceptamos una responsabilidad con la historia de continuar la obra de formar alumnos y nos corresponde reflexionar si los intereses que movieron a San Juan en su tiempo se adaptan a nuestra época y los compartimos.

Comienzo la reflexión preguntando ¿Hace falta “formar buenas personas” en un mundo donde parece generalizarse que la realización se alcanza con el éxito económico, que el dinero está por encima de la dignidad y que la forma de vivir que hoy más se promueve es el temor al otro? Un mundo donde los seres humanos son simplemente cifras en las cuentas. Una sociedad donde los grupos indígenas no existen y son prescindibles porque no tienen tarjetas de crédito ni son consumidores de las redes sociales. Donde se ve en el homosexual o en el heterosexual al enemigo. Donde aparentemente la felicidad puede medirse. Donde en muchos sectores se promueve que el otro es desechable, olvidable... eliminable. Donde los talentos de las personas representan la posibilidad de un espectáculo televisivo. Un mundo en el que como señala Ernesto Sábato “al parecer, la dignidad de la vida humana no estaba prevista en el plan de globalización”. Donde



únicamente cuenta el que ya es noticia y lo es cada día más quien está muerto y aparece en forma de estadística, como la cifra que señala que en México de diciembre del 2006 a finales del 2010 se contabilizaron 34 mil 612 crímenes. Un mundo donde --como señala el filósofo Carlos Díaz--, cada vez hay más pobres más pobres.

Continúo la reflexión preguntando ¿Tendrá sentido formar a los alumnos para “que tengan una profesión que les permita elevar su calidad de vida”? Esa calidad de vida que ayude a enfrentar este proceso de descomposición mundial que parece acecharnos. Que permita comprender que la sabiduría no es instantánea, que la dignidad no está en venta --pues como señala Octavio Paz: “El mercado fija precios, no valores”-- que cuidar el medio ambiente no es una moda que sólo existe cuando hay desastres naturales o cuando queremos evitarlos. Que la ciencia es nuestra responsabilidad y espera por nosotros para encontrar hallazgos que nos permitan humanizarnos y ponerla al servicio de todos. Que el amor no es inmediato. Que Dios no depende de nosotros. Que para ser más humanos necesitamos menos productos. Que la educación en su raíz jamás será un negocio. Que la libertad no es elitista, nos ha elegido a todos. Que nos permita caminar en la tierra respetando todos los colores diferentes que nos ofrece, mirando hacia arriba para reconocer el mañana y hacia abajo para no perdernos.

Finalmente reflexionemos... ¿Seguirá siendo de nuestro interés, en nuestro tiempo, formar buenas personas y que tengan una profesión que les permita elevar su calidad de vida?

Estoy seguro de que no podríamos responder

---

<sup>1</sup> Catedrático y Tutor en la Facultad de Ciencias Humanas. (juva8@hotmail.com)



que no, si pensamos en nuestros alumnos, en los que se sienten solos, en los que necesitan de nuestro acompañamiento y quienes necesitan que los veamos a distancia, en los que nos piden que pensemos en ellos pero no por ellos, en los que critican, en los más consumistas, en los que son más indiferentes en nuestras clases, en los que buscan una mayor exigencia académica, en los que nos señalan nuestras incongruencias, en los que les cuesta aprender nuestra materia y en los que la aprenden, a veces, a pesar de nosotros. Los mismos que confían en nuestra capacidad y que nos hacen replantearnos nuestras certezas. Ante una realidad tan esperanzadora como la vida y el corazón de nuestros alumnos, no podemos más que estar muy interesados.

La respuesta se hará presente en el aula, en el conocimiento, en la conducción y en el respeto que le damos a nuestras propias clases; en nuestro trabajo administrativo, directivo y de intendencia donde también educamos, con nuestro ejemplo comunitario de pensar y servir al otro. En el amor a la vida que podamos compartir a nuestros alumnos; pero sobre todo en la transformación de la realidad que decidan o no hacer nuestros egresados después de compartir su bachillerato, su licenciatura o su posgrado con nosotros.

Indivisa manent

